

to Padre. Algunos momentos despues el vicario de Jesucristo, acompañado de su fiel ministro el venerable cardenal Pacca, fué encerrado en un coche y conducido á marchas forzadas hasta Florencia. Tomaron la salida de la puerta del Pueblo. «Bien pronto, dice el cardenal Pacca, me preguntó el Santo Padre si habia yo sacado algun dinero.—Yo le dije: Vuestra Santidad ha visto que he sido arrestado en su habitacion y no se me permitió volver á la mia.» Entónces sacamos nuestros bolsillos, y á pesar de la aficcion y del dolor en que estábamos sumergidos al vernos arrancados de Roma, y separados de su buen pueblo, no pudimos dejar de reirnos al ver en el bolsillo del papa un *papetto* (veinte bayocos, cerca de veintidos sueldos de Francia); y en la mia tres *gros.* (quince bayocos, poco más de diez y seis sueldos). No teniamos ni provisiones, ni vestidos, ni ropa blanca que cambiarnos. «El papa, enseñando el *papetto* al general Radet, le dijo: De todo nuestro principado hé aquí lo que nos resta!» 1 Fiel en conservar todos los monumentos de su historia, Roma ha dejado subsistir las señales de la violencia ejereida en el Quirinal contra el inmortal pontífice. Las ventanas rotas por manos francesas, están todavía allí para recordar el atentado sacrilego y la manera con que fué cometido. ¿Quién de nosotros puede verlas sin bajar los ojos?

El Quirinal encierra un santuario al cual no se penetra sin verse sobrecogido de un profundo respeto; este es la *Custodia*. Se da este nombre á las magnificas salas en las cuales Roma conserva las reliquias de los mártires. Todos los héroes del cristianismo están allí representados; es como el cuartel general del valor y de la gloria. Allí son llevados los cuerpos de

1 *Memorias* del card. Pacca.

los mártires que han sido extraídos de las catacumbas; 1 de allí salen para todas las iglesias del mundo cristiano las reliquias sagradas que van á dar testimonio de la fe primitiva y á encender más la piedad de los pueblos; pero de todo esto daré nuevos pormenores al hablar de las catacumbas. Antes de dejar el Quirinal, echamos una última mirada á la plaza que le sirve de avenida. Esta plaza es irregular, pero noblemente terminada por el palacio pontifical, las cocheras y el palacio de la *Consulta*. Otro adorno de la plaza de *Monte Cavallo*, es el obelisco de la tumba de Augusto. Semejante al de Santa María la Mayor, se levanta del centro de una fuente entre las dos estatuas colosales de Castor y de Pollux, que llevan sus caballos. Por su parte, la fuente eleva á una grande altura sus abundantes aguas, que vuelven á caer graciosamente en una soberbia taza de granito oriental, hallada en el *Forum* en frente de la prision *Mamertina*. El conjunto del monumento nada dejaria que desear si los semidioses no estuviesen en un estado de desnudez que causa pena. Los últimos rayos del sol que doraban la gran fachada del Quirinal, nos advirtieron de que ya era tiempo de poner fin á nuestros estudios. Salvando, pues, con rapidez la plaza de *Trevi*, volvimos á entrar por la Propaganda á nuestro albergue de la calle de los *due Macelli*.

8 DE ENERO.

Fuentes de Roma.—Acueductos de los antiguos romanos.—Poder de la Ciudad Eterna.

A buena hora bajamos hácia el *cuartel de la Columna*, nuevo objeto de nuestras investigaciones; pero encontramos en el

1 Al ménos en parte; otros son depositados en el Apolinar.

camino la fuente *Trevi*; era imposible que pasáramos sin hacer alto. Roma, célebre por tantos monumentos, se distingue sobre todo por sus fuentes. Puede decirse que bajo este nuevo aspecto, no tiene rival. La fuente de *Moisés*, la fuente *Paulina*, las de la plaza *Navona* y de la plaza de *Trevi*, exceden á todo lo que puede admirarse en este género, no solo por la riqueza de sus adornos, sino tambien por la abundancia de sus aguas.

En otras partes ¿qué teneis? chorros de agua ó manantiales, que ocultando en las entrañas de la tierra el camino que recorren, depositan humildemente sus aguas en prosáicos recipientes de madera ó de piedra. Aquí, ¡qué diferencial teneis á la vista verdaderos rios que vienen de una distancia de diez y de veinte leguas sobre arcos de triunfo, á traer su tributo al pueblo rey. Sus aguas caen en forma de cascada en vastas tazas de mármol y de granito, rodeadas de un pueblo de estatuas, ó bien se escapan hirviendo por las aberturas de rocas dispuestas con un arte que iguala á la naturaleza. En esta magnificencia se reconoce, al ménos en parte, la herencia de los antiguos señores del mundo. Roma pagana imprimia á todas sus obras un sello de grandeza que revela á cada paso á la poderosa reina de la fuerza. Nosotros la habiamos admirado en sus desagües, y fué necesario volver á empezar al aspecto de sus fuentes. En pié, con los brazos cruzados y á la orilla de la graciosa taza de mármol blanco de la plaza de *Trevi*, que llena la agua *virginal* con sus plateadas olas, repasamos en nuestra memoria este nuevo capítulo de la magnificencia romana.

Hasta el año 442, se contentaron los romanos con el agua del Tíber, con algunos pozos y algunas fuentes brotantes. En esta época el censor Apio Cláudio, por

sobrenombre el Ciego, emprendió llevar á Roma un manantial situado á tres leguas de distancia, en la vía Prenestina. Tuvo la gloria de alcanzar buen éxito y de dar su nombre al primer acueducto que poseyó la ciudad. 1 Este rio, sucesivamente oculto en las laderas de las montañas ó suspendido en los aires sobre magníficos arcos, venia á descargarse cerca de la puerta *Capena* y corria hasta el Campo de Marte. 2 La vista de esta maravilla, tan útil por otra parte á la salubridad de la ciudad, y tan favorable al lujo siempre crecienté de los romanos, excitó una noble emulacion. Los censores, los ediles, los pretores mismos, quisieron dotar la ciudad con algun monumento semejante.

El *Anio vetus* fué llevado á Roma por los censores Cúrio Dentato y Lúcio Papiro Cursor, el año 481. Los soldados de Pyrró, hechos prisioneros, y las riquezas de este príncipe, construyeron este soberbio acueducto. Comenzaba mucho más allá de Tivoli y venia á juntarse con el acueducto de Claudio, cerca de la puerta *Capena*. Su longitud total era de diez y seis leguas y media, cuyas cinco sextas partes eran conductos subterráneos y el resto construcciones levantadas encima del suelo. 3

El agua *Tepula*, que tenia su origen á once millas de Roma, en la vía Latina, llegaba á un acueducto construido por los censores Cayo Servilio Cépio y Lúcio Cásio Longino, el año 628. 4

El agua *Martia*, la más fresca de las aguas romanas, fué llevada por el pretor Quinto Márcio. 5 Salia por las montañas

1 Per Appium Claudium censorem via facta et aqua inducta est, quae ipsius nomine nuncupatur. Cassiod.; Frontin., de *Aqueduct.*, 5; Tit. Liv., IX, 29.

2 Frontin., id.; Nardini, p. 446.

3 Frontin., 5.

4 Id., id.

5 Clarissima aquarum omnium in toto orbe frigeris, salubritatisque palma praconio urbis

de la Sabina, atravesaba el país de los Marsios y el lago Ficino, y llegaba á Roma en un acueducto, cuya longitud total era de veintitres leguas tres cuartos. 1 La parte subterránea era de veinte leguas y media; la parte de afuera de tres leguas y cuarto y la mitad de éstas de arcos gigantes.

El agua *Julia*, conducida á Roma por Agrippa, bajo el consulado de Augusto, el año 121, tenía su fuente en las montañas de Tusculum, cerca de la vía Latina, á doce millas de Roma. 2

Ella entraba á la ciudad por el lado de la Puerta Mayor y venía á regar el Quirinal.

El agua *Virgen*, la más ligera y sana de todas, fué también llevada á Roma por Agrippa, el año 535. Debió su nombre á una jóven que la encontró en la vía de Prenesto, á seis leguas de Roma. El acueducto tenía cinco leguas en canales subterráneos y el resto en construcciones exteriores y en arcos. 3 Entraba á Roma por el lado de la vía *Nomentana*, costeaba la basa del monte Pincio y se desbordaba encima de los jardines de Salustio, no lejos del lugar en que hoy se encuentra la *Trinidad de los Montes*. Aquí se divide el manantial virginal en dos ramas: una que se extiende hasta la calle llamada por esto *de' Condotti* y la naumáquia de Domiciano; otra hácia la fuente de *Trevi*, á la cual alimenta. Numerosos canales daban agua en abundancia á las llanuras del Campo de Marte, así como á la sétima y á la novena region. Perdido este manantial tan querido de los romanos, á consecuencia de las guerras, fué restablecido, según lo deseaban, por los papas. Gregorio XIII lo dis-

Martia est inter reliquia Deum munera urbi tributa.—Plin., lib. 31, c. 3.

1 Plin., id., id., Frontin., id.

2 Dio., lib. 48.

3 Plin., lib. 31, c. 3; Front., 3.

tribuyó por los cuarteles de la ciudad hasta donde permitía el nivel hacerlo llegar. Gracias al inteligente y generoso pontífice, corrió muy pronto en grandes olas por la plaza del Pueblo, por la plaza de la Columna, por la plaza de la Rotonda y por la plaza Navona. Para adornar aquellas soberbias fuentes se prodigaron estatuas, obeliscos, tazas de bronce y de granito, y las más bellas obras del arte.

El agua *Alseatina* fué un presente de Augusto mismo. Tenía su origen en el lago del mismo nombre, situado á ocho leguas de Roma, en la vía Claudia. 1 Casi servía no mas para las naumáquias 2 y para el cuartel Transtiberino, en los casos de necesidad. Esta agua llevaba el nombre de *Augusta*, que dividía con otro manantial muy abundante, que el mismo emperador reunió por medio de un soberbio acueducto con el agua *Martia*. Este era para suplir á este último en los tiempos de secas. 3 Los sucesores de Octavio siguieron el camino de aquel príncipe, y aun le aventajaron en magnificencia y liberalidad para llevar á Roma nuevos manantiales. Bien pronto se contaron catorce acueductos, en los cuales podía viajar cómodamente un hombre á caballo. 4

El más notable de todos por el tamaño y el atrevimiento de sus proporciones, era el acueducto de Claudio, cuyas prodigiosas ruinas atraviesan el campo romano. ¿Qué digo, las ruinas? El acueducto mismo subsiste; y hoy todavía conduce á Roma una buena parte del agua que allí se consume y embellece la ciudad. Fué co-

1 Frontin., 5.

2 Combates navales en el Circo.—N. del T.

3 Frontin., 5.

4 Romæ aqueductus decem et quatuor numero sunt codo et latero per priscas homines ædificati, et latitudine et simul profunditate ut æquivalentur vir aliquis ipso cum equo per eos superne evadere liberius queat.—Procop. de *Bell. Gothic.*, lib. 4.—Victor cuenta veinte acueductos.

menzado por Calígula y acabado por Claudio, y llevaba el agua de Subiaco á cuarenta millas de Roma. Su altura es tal, que domina las siete colinas, y que en otro tiempo, descargándose en la cima del Aventino, dejaba caer sus aguas en magníficas cascadas al valle del gran Circo. 1 Plinio el Mayor nos admira cuando dice que semejante obra costó siete millones y medio; pero conviene saber que no se pagaba la obra de mano. ¡Prisioneros de guerra, esclavos desgraciados, decidnos, cuántos millares de vosotros fuisteis á acabar aquel trabajo de gigantes!

El *Anio novus*, arroyo límpido que salía de las montañas de la Sabina por el lado de Subiaco, á cuarenta millas de Roma, hacia su entrada á la ciudad por el acueducto de Claudio. 2 El arroyo de *Hércules* recorría casi la misma distancia y seguía el mismo camino. Despues de haber contemplado con estupor aquellas obras que el mundo entero no sería capaz de ejecutar, 3 nos trasportamos al Occidente de la ciudad, hácia el Vaticano y el Janículo. Allí nos esperaban nuevas pruebas de aquella fuerza romana, tan hábil para luchar contra la naturaleza, y de aquella vasta explotación del hombre por el hombre bajo el paganismo.

La soberbia fuente Paulina, bastante fuerte para hacer mover molinos, al caer del acueducto, revela la mano de Trajano. En el año 112 de nuestra era y despues

1 Vicit antecedentes aquarum ductos novissimum impendium operis inchoati a C. Cæsare et peracti a Claudio: quippe a quadragesimo lapide ad cam excelsitatem ut in omnes urbis montes levarentur, influxere Curtius et Cæruleus fontes.—Plin., 36, 15.—Claudiam per tantam fastigii molem sic ad Aventini caput esse perductam; ut cum ibi ex alto lapsa eeciderit, cacumem illud excelsum, quasi imam vallem irrigare videatur.—Cassiod.

2 Front., 5.

3 Ad quæ opera patranda nunc totus orbis infirmus videatur.—Lander Albertus. *Descript.*—Ital.

de gloriosas luchas contra las resistencias de la naturaleza, el vencedor de Decébaló hizo conocer las fuentes abundantes de Oriolo y de Basano 1 encima del Vaticano; la distancia que recorren es enorme. Al papa Paulo V, digno émulo de los Césares por su magnificencia, se debe la restauracion del acueducto y la nueva distribución del agua Trajana, tan útil al *Borgo* y también á Roma. Por los cuidados del mismo pontífice atraviesa hoy el acueducto el Tiber y viene á alimentar un gran número de fuentes en el interior de la ciudad; la más notable es la de la plaza Farnesio. Un príncipe de la Iglesia, el cardenal Odoardo Farnesio, fué el que mandó construir esta soberbia fuente, á la cual dió por recipiente la vasta taza de granito numídico hallada en las termas de Caracalla. Paulo V, sacó otro partido de la agua Trajana, y bajo su inteligente direccion vino ella á regar los jardines del Vaticano y á elevarse en haces inmensos en la plaza de San Pedro, en las dos magníficas fuentes que todo el mundo admira. La del septentrion fué construida por orden suya, según los dibujos del caballero Maderna. Esta fué el modelo de la segunda que está en el centro y cuya gloria pertenece á Clemente X. El previsor pontífice la mandó levantar para comodidad de los peregrinos que afluan á Roma durante el año santo de 1675. En fin, bajo Alejandro VII, el agua Trajana sirvió de motor al volante de la casa de moneda, nuevo uso que recuerda la siguiente inscripcion grabada en la puerta del edificio.

ALEXANDER VII. PONT. MAX
MONETAR AM OFFICINAM
IN QUA NOVO ARTIFICIO
PRÆCIPITIS AQUÆ IMPULSO VERSATIS ROTIS
MAGNO TEMPORIS OPERÆQUE COMPENDIO
NUMMI AFERRE CELERITERQUE SIGNENTUR
PUBLICÆ UTILITATI CONSTRUXIT
ANNO SAL. MDCLXXV.

3 Forum Claudii et Bassi.

Habíamos estudiado una de las maravillas más grandes de la ciudad de los Césares y de la ciudad de los pontífices. Calculando la longitud total de los acueductos, que venían á refrescar á Roma, á embellecer sus edificios y á vivificar sus plazas y sus afiteatros, se encuentra una distancia de cerca de ¡ciento treinta leguas! Otros cálculos establecen que todas las aguas reunidas formaban un río de la fuerza del Sena 1. ¡Qué decir de la solidez de los acueductos y de las dificultades vencidas para construirlos! Durante siglos enteros han cargado aquellos lechos artificiales masas de un peso enorme; han resistido á las intemperies del aire, á las desolaciones del tiempo, á los golpes de los bárbaros, al hundimiento del terreno (suelo) y á todos los accidentes que amenazan á las construcciones de este género. Hoy todavía sus grandiosos restos no parecen desafiar las edades futuras y sobrevivir á Roma misma, sino para perpetuar la gloria de la Ciudad eterna, llevando hasta las últimas generaciones el imponente testimonio de su incomparable poder. La construcción de los acueductos no otestigua ménos el génio que el poder. Montañas perforadas, valles inmensos convertidos en montañas, las entrañas de la tierra cavadas muchas veces á treinta piés de profundidad; canales suspendidos en los aires, conduciendo en largas filas de arcos un verdadero río, y á veces dos ó tres, uno encima de otro, á una altura prodigiosa; al lado de estas gigantes obras, ¿qué son nuestros túneles y nuestros pequeños canales?

Ademas, esto no es sino una parte de las maravillas que presentan las aguas romanas. Cuando en pié delante de aquellas

1. Rondelet ha hecho este otro cálculo sobre *Frontino*; la masa de agua llevada por los acueductos era equivalente á un río de treinta piés de ancho y seis de profundidad y cuya velocidad fuese de treinta pulgadas por segundo.

ruinas, cerca de aquellas fuentes salvadas por la mano de los pontífices, se penetra más adelante en el sistema interior de los acueductos, la admiración se duplica.

Al llegar á las puertas de la ciudad caían aquellos ríos, unos en vastas piscinas, donde depositaban su limo; otros en cascadas de agua (*castella et dividicula*), y de allí se dividían para tomar diferentes direcciones. En los *dividicula* había anchas jarras de bronce en forma de embudos; estaban fijos en amplios tubos de plomo y recibían la cantidad de agua destinada á cada region, á cada neumáquia, etc. Los pozos establecidos de trecho en trecho, daban agua á las casas, á los jardines, á las euripas de los abrevaderos y á las vilas de los arrabales 1. Estas cascadas de agua eran en número de más de doscientas. Imagínense estas doscientas *castella* adornadas con estatuas de las diferentes divinidades protectoras de las aguas; los innumerables tubos de plomo que corrían bajo las calles y que formaban como las venas y las arterias de aquel cuerpo gigantesco; los abrevaderos y las fuentes brotantes en número de muchos miles; todos aquellos ríos que corrían suspendidos atravesando la inmensa ciudad, y no costará trabajo exclamar con Plinio, que ninguna maravilla en el universo era más digna de la admiración de los hombres. 2

Tal es, en efecto, el primer sentimiento que se experimenta al recuerdo de tanto poder y tanto génio. Hay un segundo sentimiento que es imposible impedir cuando se piensa en las provincias desoladas, en

1 Flumina per urbem et cloacas videri fuere, atque domum prope modum habere fistulas et canales quibus aquam inducat.—Strab.

2 Si quis diligentius aestimaverit aquarum abundantiam in publico, in balneis, piscinis, domibus, euripis, hortis, suburbanis villis, spatiumque advenientium extractos arcus, montes perfossos, convalles æquatatas, patebitur nihil magis mirandum juisse toto orbe terrarum.—Plin., lib. XXXVI, 15.—Magnitudinis Romani imperii id præcipuum esse indicium.—Front., 5.

los esclavos encadenados con cuyas manos y riquezas se edificaron aquellos suntuosos acueductos que hubieran debido conducir ríos de lágrimas ántes que las aguas necesarias para la molición de los señores del mundo. La fuente de *Trevi* nos había abierto un horizonte tan grande, que nos fué necesario renunciar á pasar de allí este día. Ademas, la vista de los acueductos y de las fuentes no puede hacernos olvidar á nuestros amigos de Francia: ántes de volvernos fuimos á pedir nuestras cartas; pero apenas tocábamos á las galerías de la casa de correos cuando un fatal cartel hirió nuestras impacientes miradas de un modo harto desagradable: *Y corrieri di Toscana e di Bologna non sono quinti*; lo que quiere decir: Señores franceses, no tendreis cartas hoy.

9 DE ENERO.

Columna Antonina.—La Legion Fulminante.—Bajo-relieve.—Edicto de Marco-Aurelio.—Restauración de la Columna por Sixto V.—Monte-Citorio.—La Fuente.—El Genomón.—El Campo de Marte.—Los Septa y la Vila pública.—Los jardines, los baños y el lago de Agrippa.

Antes de las nueve entrábamos en el cuartel de la *Columna*. Debe su nombre á la columna Antonina que se levanta en la plaza principal. Está situado hácia el centro de la ciudad y ocupa una parte de las antiguas regiones de la *Alta Semita* y de la *Via Lata*. La plaza Columna es una de las más regulares de Roma. Dos monumentos la embellecen: una soberbia fuente y la columna de Antonino. Esta columna, tan famosa en la historia, fué levantada por el senado al emperador Marco-Aurelio Antonino, por las victorias que había alcanzado sobre los Macomanos, los Quados y otros pueblos de Alemania. Es

de mármol blanco y presenta 11 piés y medio de diámetro y 148 y medio de altura. Los bajos relieves que la rodean desde la base hasta el vértice, representan las hazañas del emperador. ¡Qué dicha para nosotros ver esculpido allí por manos paganas un hecho contemporáneo, tan glorioso para el cristianismo naciente! El año 176 estaba el emperador en el corazón de la Alemania con su ejército. Engañados por los Quados, se introdujeron los romanos á un profundo valle cercado por todas partes de altas montañas. Repentinamente aparecen los bárbaros en las cimas de esas montañas; el ejército romano no puede avanzar ni retroceder y va á sufrir por segunda vez la humillación de las Horas Caudinas. Entra la desmoralización en las filas; falta á las legiones fuerza física; una espantosa sed atormenta á los romanos hace ya muchos días y en este extremo, el comandante de las cohortes pretorianas va al encuentro de Marco-Aurelio y le dice: «César, la legion melitina que forma parte del cuerpo de ejército, está compuesta de cristianos, á quienes nada es imposible. Haced que se ponga en oración, le contestó el emperador.» Animados con la victoria del centurion del Evangelio, todos aquellos viejos soldados venidos del Oriente, caen de rodillas y conjuran al verdadero Dios que glorifique su nombre. Apenas se acaba aquella oración, cuando el cielo se cubre de espesas nubes; el rayo estalla con un espantoso ruido, repetido mil veces por el eco de las montañas, y acompañado de una granizada horrible cae y vuelve á caer sobre los bárbaros, á quienes quema produciéndoles espanto y desorden, mientras una bienhechora lluvia refresca á los romanos. «De tal suerte, dice un autor pagano que se veía al mismo tiempo y en el mismo lugar bajar del cielo, el fuego y el agua que quemaba á los